



LA CASA AZUL: EL UNIVERSO ÍNTIMO DE FRIDA KAHLO

Por Hilda Trujillo Soto

“Pies para qué los quiero si tengo alas pa’ volar”
Frida Kahlo

Cuando uno profundiza en el conocimiento de la obra de Frida Kahlo y tiene el privilegio de conocer su hogar, se descubre la intensa relación que existe entre Frida, su obra y su casa. Su universo creativo se encuentra en la Casa Azul, sitio en el que nació y murió. Aunque al casarse con Diego Rivera vivió en distintos lugares en la Ciudad de México y en el extranjero, Frida siempre regresó a su casona de Coyoacán.

Ubicada en la calle de Londres 247, en uno de los barrios más bellos y antiguos de la Ciudad de México, la Casa Azul fue convertida en museo en 1958, cuatro años después de la muerte de la pintora. Hoy es uno de los museos más concurridos en la capital mexicana: mensualmente recibe cerca de 25 mil visitantes, 45% de ellos extranjeros.

La llamada Casa Azul Museo Frida Kahlo es el lugar donde los objetos personales revelan el universo íntimo de la artista latinoamericana más reconocida a nivel mundial. En esta casona se encuentran algunas obras importantes de la artista: *Viva la Vida* (1954), *Frida y la cesárea* (1931), *Retrato de mi padre Wilhem Kahlo* (1952), entre otras.

En la recámara que Frida usaba de día permanece su cama con el espejo en el techo. Su madre lo mandó colocar después del accidente que Frida sufriera en el autobús, al regresar de la Escuela Nacional Preparatoria. Durante la larga convalecencia que la

mantuvo inmóvil por nueve meses y gracias al espejo donde se reflejaba, Frida pudo retratarse. En la cabecera de su cama se pueden ver los retratos de Lenin, Stalin y Mao Tse Tung; en el estudio se encuentra el caballete que le regalara Nelson Rockefeller, sus pinceles y sus libros; y en su recámara de noche se guardan la colección de mariposas, obsequio del escultor japonés Isamu Noguchi, además del retrato que le hiciera a Frida su amigo y amante, el fotógrafo Nickolas Muray.

Cada objeto de la Casa Azul dice algo de la pintora: las muletas, los corsés y las medicinas son testimonios del sufrimiento de las múltiples operaciones a las que fue sometida. Los exvotos, juguetes, vestidos y joyas hablan de una Frida coleccionista. La casa misma habla de la vida cotidiana de la artista. Por ejemplo, la cocina –que es típica de las construcciones antiguas mexicanas, con sus ollas de barro colgadas a las paredes, y las cazuelas sobre el fogón– son testimonio de la variedad de guisos que se preparaban en la Casa Azul. Tanto Diego como Frida gustaban de agasajar a sus comensales con platillos de la cocina mexicana, prehispánica, colonial y popular.

En el comedor convivieron grandes personalidades de la cultura y destacados artistas de la época: André Breton, Tina Modotti, Edward Weston, León Trotsky, Juan O´Gorman, Carlos Pellicer, José Clemente Orozco, Isamu Noguchi, Nickolas Muray, Sergei Eisenstein, el Dr. Atl, Carmen Mondragón, Arcady Boytler, Rosa y Miguel Covarrubias, Aurora Reyes e Isabel Villaseñor, entre muchos otros.

La Casa Azul se convirtió en una síntesis del gusto de Frida y Diego, y de su admiración por el arte y la cultura mexicana. Ambos pintores coleccionaron piezas de arte popular con un gran sentido estético. En particular, Diego Rivera amaba el arte prehispánico. Muestra de ello es la decoración de los jardines y el interior de la Casa Azul, donde se muestran algunas piezas realmente bellas.

El hogar de Frida se abre como museo porque tanto Kahlo como Rivera abrigaron la idea de donar al pueblo de México su obra y sus bienes. Diego pidió a Carlos Pellicer, poeta y museógrafo, que realizara el montaje para abrirlo al público como museo. Desde entonces, la atmósfera del lugar permanece como si Frida habitara en él.

Así describió la casa Carlo Pellicer en noviembre de 1955:

“Pintada de azul, por fuera y por dentro, parece alojar un poco de cielo. Es la casa típica de la tranquilidad pueblerina donde la buena mesa y el buen sueño le dan a uno la energía suficiente para vivir sin mayores sobresaltos y pacíficamente morir...”

En la Casa Azul también vivió Diego Rivera por largas temporadas. El muralista acabó por comprar la casa, al pagar las hipotecas y deudas que Guillermo Kahlo había contraído. Este último había sido un fotógrafo relevante durante el Porfiriato, venido a menos después de la Revolución. Además, los múltiples gastos médicos generados por Frida después del accidente endeudaron a la familia.

La casona, que data de 1904, no era un lugar de grandes dimensiones. Hoy tiene una construcción de 800 m² y un terreno de 1200 m². De acuerdo con la historiadora Beatriz Scharrer, el padre de Frida, Guillermo Kahlo construyó la casa a usanza de la época: un patio central con los cuartos rodeándolo; el exterior era totalmente afrancesado. Fueron Diego y Frida quienes, más tarde, le dieron un estilo muy particular y, al mismo tiempo, le imprimieron –con colores y decoración popular– su admiración por los pueblos de México.

Beatriz Scharrer explica que, con el tiempo, la construcción sufrió algunas modificaciones: cuando el político ruso León Trotsky vivió con Diego y Frida en el año 1937, se tapiaron las paredes, los muros se pintaron de azul y se compró el predio de 1,040m² que hoy ocupa el jardín, a fin de darle al intelectual soviético seguridad ante la persecución de que era objeto por parte de José Stalin.

En 1946 Diego Rivera le pidió a Juan O’Gorman la construcción del estudio de Frida. Diego propuso utilizar materiales de la zona: piedra volcánica o basalto, representativo por haber sido utilizado por los aztecas para construir pirámides y tallar sus piezas ceremoniales. El estudio adquirió, además de un estilo funcionalista, un decorado con objetos de arte popular mexicano. En esta zona de la casa, Diego colocó los plafones con mosaicos y llenó las paredes de caracoles de mar y jarros empotrados con la boca al frente, para servir de palomares.

Rivera formó un fideicomiso adscrito al Banco de México y nombró un comité técnico integrado por familiares y amigos para vigilar el destino de sus dos museos: el Anahuacalli y la Casa Azul. Diego murió tres años después que Frida, pero antes nombró directora y presidenta vitalicia de ambos lugares a su mecenas y amiga, Dolores Olmedo. Lola se

hizo cargo de terminar la construcción del Anahuacalli –que se encontraba en una primera etapa– y de mantener éste y la Casa Azul abiertos al público. Olmedo conservó los espacios funcionando a veces con sus propios recursos y con un gran esfuerzo, pues el gobierno poco le ayudaba.

Antes de morir, Diego pidió a Lola que, por un lapso de 15 años, no se abriera el baño de la que fuera la recámara del muralista en la Casa Azul. Mientras vivió, Lola respetó la voluntad de su amigo. Dejó cerrado no sólo ese espacio, sino también el baño de la recámara de Frida, una pequeña bodega, baúles, roperos y cajones. Diego había dejado un inventario breve de las cosas que guardó en su baño, pero, hasta hace poco, no se sabía lo que se encontraba en el resto de los lugares.

El Comité Técnico del fideicomiso tuvo que rehacerse antes de la muerte de Lola, pues, de los once miembros originales, sólo quedaban ella y la hija de Diego, Guadalupe Rivera. Se nombró presidente a Carlos García Ponce, y Director General y de Administración a Carlos Phillips Olmedo.

El nuevo Comité decidió abrir los espacios cerrados en el Museo Frida Kahlo y mostrar al público lo que ahí se encontraba. Sin embargo, los recursos eran escasos, pues los museos funcionan sólo con el ingreso de taquilla y algunos patrocinios. No existían los medios para realizar el proyecto, pero se consiguió el apoyo de personas interesadas en la cultura y el arte de nuestro país, en particular en su preservación: María Isabel Grañén Porrúa, presidenta de ADABI (Apoyo al Desarrollo de Archivos y Bibliotecas de México, A.C.) y su esposo Alfredo Harp Helú –reconocido y generoso empresario. A través de esa institución, apoyaron con personal, recursos y equipo para el rescate de los archivos inéditos de la Casa Azul.

Durante casi tres años un grupo de especialistas de ADABI ordenó, clasificó y digitalizó el acervo recién abierto: 22 mil documentos, 6500 fotografías, 3874 revistas y publicaciones, 2170 libros, decenas de dibujos, objetos personales, vestidos, corsés, medicinas, juguetes... Dar a conocer estos archivos a la luz pública coincidió precisamente con el centenario del nacimiento de Frida Kahlo y el 50 aniversario luctuoso de Diego Rivera. Los archivos y objetos descubiertos resultaron ser extraordinarios, pues dan pistas para enriquecer la historia en torno a ambos artistas. Algunos expertos que han visitado la

exposición comentan, sorprendidos, que la historia debía reescribirse, pues muchas de sus suposiciones tenían otro sentido.

Estos documentos y dibujos dan muchas y apasionantes claves sobre la obra de la pintora. Así por ejemplo, se encontraron ilustraciones sobre la matriz y el desarrollo del feto humano, así como dibujos sobre este tema, que –más tarde se vio- corresponden al marco de madera del díptico *Naturaleza muerta*. En el fondo de un ropero, atrás de algunos libros, se halló una libreta llena de dibujos. En ella apareció uno pequeño, pero importante: *Las apariencias engañan*. En ese lugar también permanecían guardados varios borradores del texto que Frida escribiera sobre Diego –“Retrato de Diego Rivera”– para el homenaje del muralista en el Palacio de Bellas Artes. Se había dudado de la autoría de ese texto e incluso se le adjudicó a Alfonso Reyes, pero, gracias a este nuevo archivo, ahora se tiene la certeza de que salió de manos de Frida.